

Los Saltimbanquis



Fernando Olavarría Gabler



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.

Los Saltimbanquis

Fernando Olavarría Gabler

Este cuento se debe leer escuchando un tema musical de Wojciech Kilar.

- Haga click en la llave de sol de la pág.5 para escuchar la música -

Federico estaba de vacaciones con sus padres y su abuelo, en un balneario de hermosas playas y rodeado de altísimas montañas.

El pueblo adquiría más vida en las noches debido a las numerosas fiestas que organizaban los veraneantes en sus casas. La juventud encendía fogatas en las playas y al son de guitarras y algunos acordeones se entretenía alrededor del fuego cantando y riendo como lo hace la juventud.

Esa mañana Federico había ido a pasear con su perro Duende y su abuelo. Llegaron a la plaza situada en el centro del pueblo. De pronto aparecieron dos hombres disfrazados de arlequines caminando sobre largos zancos y haciendo sonar enormes platillos. Mientras avanzaban hacia la plaza iban anunciando a grandes voces un magnífico espectáculo. Un muchacho, portando un tambor, marchaba delante de ellos haciendo redobles al compás de los platillos.



La gente que transitaba en esos momentos cerca de allí, se aglomeró alrededor de los saltimbanquis, dispuesta a escucharlos. Lo que dijeron fue que al día siguiente, a mediodía, iba a efectuarse una gran fiesta de disfraces en el lugar en que estaban pero era una fiesta original, no se iba a permitir la presencia al que no estuviere disfrazado, también deberían llevar monedas de oro en sus bolsillos y las mujeres tenían que estar engalanadas con sus mejores joyas. Esta absurda condición para asistir a la fiesta no fue rechazada, todo lo contrario, fue aceptada con gran alegría porque el poder hipnótico que transmitía el sonido de los platillos era algo contagioso y excepcional. Tal es así que ese mismo influjo se transmitió de persona a persona y todo el mundo preparó entusiasmado sus disfraces para lucirlos al día siguiente.

Se reunieron a las doce en punto en la plaza. ¡Era un espectáculo maravilloso! Cientos de personas con los disfraces más

dispares y de gran colorido reían y gozaban de verse unos a otros.

♫ De repente, en una esquina, apareció un organillero y un hombre con un bombo en la espalda en cuyo extremo superior había un juego de platillos que funcionaba con una cuerda que llegaba hasta el talón de un pie. El bombo lo tocaba con una larga varilla en cuyo extremo tenía atada una bola de trapo. El organillero se plantó en el centro de la plaza y empezó a tocar una extraña y antigua melodía, entonces el del bombo empezó a bailar haciendo sonar los platillos al golpear el talón en el suelo y la larga varilla golpeaba el bombo al compás de la música. Luego, sin dejar de tocar, comenzó a girar a gran velocidad sobre su pie libre. El organillero seguía tocando. A Federico le llamó la atención que le faltaba una mano, de la manga salía una barra de acero que terminaba en una argolla que encajaba con la manivela del organillo. El niño le preguntó al abuelo por qué tenía ese hierro y el abuelo le respondió que probablemente le faltaba esa mano



y se ayudaba con esa palanca para tocar el organillo.

La música era cada vez más alegre y contagiosa, especialmente con el movimiento giratorio del hombre de los platillos y el bombo. Entonces, ¡cosa increíble! La gente comenzó a girar lentamente y luego siguieron girando a gran velocidad. Todos bailaban, incluso el abuelo y Federico. ¿Y el perro? También daba vueltas en sus cuatro patas tratando de morderse la cola. El niño no podía detenerse. Nadie podía hacerlo a su voluntad, y seguían girando sin parar, sin parar, sin detenerse, hasta que la música del organillero cesó. Todos cayeron rendidos al suelo, algunos sentados con las piernas abiertas, otros tendidos cuan largos eran. Entonces llegó un tercer saltimbanqui que vació los bolsillos de los hombres de las monedas de oro que habían traído y llenó con ellas varias bolsas de cuero. También fueron llenadas otras bolsas de terciopelo con las costosas joyas de las mujeres que se habían puesto para lucirlas,

inducidas por el mágico mensaje.

Federico fue el primero que se recobró de este sueño y pudo observar cómo los cacos desvalijaban una joyería que estaba cercana a la plaza. Nuevamente cayó el niño en un sopor profundo y cuando despertó vio a los tres maleantes que se alejaban en un carretón tirado por cuatro mulas. Atrás iba el abuelo, dormido, con los pies colgando hacia el suelo.

¡Abuelo!- gritó el niño. Pero el anciano no respondió, parecía estar aún bajo el influjo del poder hipnótico.

Se alejó el carromato de la ciudad y se dirigió hacia una alta montaña. Federico, a pesar de su aflicción, no deseó volver a su casa sino que le ordenó a su perro Duende que siguiera el rastro del carro de mulas. Duende ladró alegre y a trote ligero olfateando constantemente el suelo siguió el rastro del carro que se dirigía a la montaña. Federico lo seguía corriendo pero el camino era cada vez más empinado y el

niño no daba más de cansancio. El perro lo esperaba de tramo en tramo, sentado arriba de una roca, sonriendo, con la lengua afuera y respirando aceleradamente. Cuando el niño lo alcanzaba, continuaban el ascenso.

Atardecía y no había rastros del carromato. Pronto se iba a esconder el Sol y quedarían al desamparo en la oscura noche, pero Federico no tenía miedo porque iba a dormir abrazado a su perro, calentito, sin tener frío.

Llegaron a un cerro de paredes verticales en el cual estaba labrada en la roca la fachada de un imponente castillo. La entrada no tenía puertas y el niño y el perro entraron. En un principio nada vieron porque estaban encandilados con el resplandor del atardecer pero poco a poco se dieron cuenta de que estaban rodeados de enormes riquezas. Las monedas de oro y las joyas brillaban intensamente con los rayos del sol. Era tan impresionante el espectáculo que el niño

observaba todo esto en silencio y con la boca abierta. De pronto, Duende empezó a ladrar y avanzó hacia la oscuridad. El perro movía la cola en alto saludando alegremente a alguien. Había encontrado al abuelo. Éste estaba sentado en un trono adornado con piedras preciosas. Cuando vio a su nieto que se aproximaba, bostezó y metiendo la mano al bolsillo de su chaleco preguntó ¿qué hora es? Pero no encontró su reloj y muy molesto se dio cuenta de que los ladrones se lo habían llevado.

-No te aflijas abuelo - le dijo el niño. Aquí hay tanto dinero que podemos comprar muchos relojes mejores que el que tenías.

-No se trata de eso, respondió el abuelo. Mi reloj era un recuerdo de tu bisabuelo. A mi padre se lo habían obsequiado como regalo de matrimonio cuando se casó con tu bisabuela. Tenía un gran valor sentimental que no se puede reemplazar por otros relojes.

-Abuelo. Me dijiste que en el brazo derecho del organillero le



faltaba una mano y tenía un hierro que la reemplazaba.

-Probablemente se trata de un ladrón que actuó en un país de religión islámica- respondió el abuelo. Cuando sorprenden a un ladrón robando, hacen justicia cortándole una mano.

-¿Y si vuelve a robar?

- Le cortan la otra.

- ¿Y si vuelve a robar?

- Es difícil que pueda seguir robando, sin las dos manos pero si lo hace, le cortan la cabeza.

Federico decidió avanzar por la inmensa sala hasta el final. Si encontraba al ladrón le pediría el reloj de su abuelo y también le iba a advertir que si continuaba en esa despreciable acción podría perder la otra mano y tal vez la cabeza.

Caminó por una gruta que estaba aún iluminada por la suave

luz del crepúsculo, pero no encontró a los ladrones. Regresó entonces donde su abuelo y el perro y los tres iniciaron el descenso hacia el pueblo. Cuando iban bajando divisaron un grupo numeroso de hombres que subía y llegaba donde estaban ellos. Venían furiosos y su intención era apresar y castigar a los ladrones. El niño les dijo que los ladrones habían desaparecido pero que ellos habían descubierto un inmenso tesoro. Eran enormes riquezas que habían sido acumuladas en la gruta de la montaña. El alcalde del pueblo, que encabezaba la expedición castigadora, iba en hombros de un fornido mocetón, debido a que, con su obesidad, le era imposible trepar por una senda tan empinada. Dio la orden de avanzar y llegaron al interior de la grandiosa sala. Todos quedaron maravillados y se olvidaron del objetivo que los había hecho subir a la montaña. Mientras alborozados se llenaban los bolsillos, el alcalde habló con voz de trueno y manifestó que esas riquezas pertenecían a la Municipalidad o sea a

todos los habitantes del pueblo. Por lo tanto se iban a invertir en la construcción de casas para los más pobres, en hermosear el pueblo con parques y jardines realizados con bellas fuentes de agua, etc. Todos aprobaron esta honesta iniciativa y días después se había bajado el inmenso tesoro, dejando la sala de la montaña completamente vacía.

Como el alcalde era un gordo honesto, cumplió con lo que había prometido y el balneario se convirtió en uno de los más hermosos de esa región.

Una vez al año se celebraba una gran fiesta de disfraces en la ahora magnífica plaza del pueblo. Todos bailaban y giraban al compás de los vales que tocaba una estupenda banda de músicos.

La familia de Federico también era invitada cada año y homenajeaban al niño y a su abuelo por haber sido ellos los protagonistas de tan grandioso descubrimiento.

¿Y el perro Duende?

También. Lo festejaban con una chuleta de cordero y un pernil de jabalí.

¿No les parece razonable?

Yo creo que sí.

En cuanto al reloj del abuelo, fue encontrado entre las monedas de oro y lo devolvieron al dueño.

¿Qué hora es, abuelo?

El abuelo, metiendo la mano al bolsillo de su chaleco, sacó el reloj y dijo: Son las diez de la noche y es hora de irse a la cama a dormir. El cuento se ha terminado.

Fin



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.

Las asombrosas Aventuras de Federico y otros cuentos maravillosos.

1. Federico
2. Juanita y el Duende Negro
3. Alejandra y el Brujo de los Pantalones Morados
4. Una Vida, Cien Vidas, Infinitas Vidas. El Pato Gordo y el Pescador
5. La Puerta Transparente
6. Mariela
7. Rodrigo y el Hospital de las Brujas
8. El Payaso
9. Un Misterioso Plato de Miel
10. La Gallina de las Tripas de Bronce
11. Miguelina
12. La Caperucita Rosada
13. Tarari Tarará
14. Fortunata y el Príncipe de los sapos
15. Ingrid y los Siete Gansos
16. La Flauta de Oro
17. El Cumpleaños de Cristina
18. Una Voz en el Bosque
19. El Caracol Nacarado
20. Anabella y el Duende Azul
21. Extraño Viaje
22. Pin Pin
23. La Bruja Roja y el Sastrecillo Mentiroso
24. El Caballo Encantado de Viña del Mar
25. La Muñequita
26. El Príncipe Rojo
27. El Valle del Brujo Blanco
28. El Hada Azul
29. La Grandiosa Sinfonía de la Niebla y la Hija de la Música
30. El Baúl de las Hadas
31. La Receta de Cocina
32. Los Invasores
33. Monsieur Le Coucourouch
34. El Gato de Camila y las bellísimas Chinchillas
35. Un regalo para la princesita
36. La Misteriosa casa de Under
37. La Fiesta de la Cebolla
38. La Imagen de la Bruja Elevada a la Séptima Potencia
39. El Duque de la Naranja y la Emperatriz Mandarina
40. Marietta
41. El Salterio Volador
42. Los Saltimbanquis
43. El volantín tricolor y el conejo con hipo
44. Adelina